

LA VIDA RELIGIOSA DE ALAQUÀS A PRINCIPIOS DE ESTE SIGLO (III)

EL COMULGAR DE IMPEDIDOS.

Como final de las fiestas de Pascua, el lunes después de la octava, día festivo, porque en él se celebra en Valencia la solemnidad de San Vicente Ferrer, tenía lugar, lo mismo que en la actualidad, el comulgar de impedidos. Era y es una procesión muy solemne, con muchísima asistencia de fieles, que, llevando velas en las manos, acompañaban el Santísimo Sacramento, cuando era llevado a los enfermos e impedidos para que pudieran cumplir en sus domicilios con el precepto de la comunión anual de Pascua.

La víspera el campanero o un grupo de monaguillos recorría las calles por donde tenía que pasar, tocando sonoramente una campanilla. De esta manera se avisaba a los vecinas. Las calles quedaban barridas y limpísimas, adornadas con macetas y tiestos de flores. De los balcones y ventanas y, a veces, hasta de los aleros de los tejados pendían las colchas más valiosas de las casas. A las puertas de los hogares donde tenía que entrar Nuestro Señor se esparcían enramadas de flores y hierbas olorosas.

El acto comenzaba muy de mañana con el fin de abreviar a los enfermos el tiempo de ayuno anterior a la comunión, porque las normas eran entonces más estrictas que ahora y los impedidos que podían abstenerse de alimentos debían hacerlo hasta después de comulgar.

Iniciaba la procesión la "*campaneta del combregar*", sonando con cadencia ininterrumpida, que imponía respeto y devoción en el silencio de la mañana. A continuación seguían en dos filas los hombres con las velas encendidas. Luego, bajo palio, el señor "*Retor*" con capa pluvial blanca, recortada, que no llegaba más abajo de las rodillas. Como escolta de honor rodeaban el palio los portadores de faroles, que acompañaban de cerca al sacerdote en todo momento, dentro y fuera del palio. Las mujeres seguían agrupadas detrás. Una de las dos bandas de música, acompañaba los himnos eucarísticos que el pueblo cantaba: y repetía la Marcha Real no sólo al salir y entrar el Santísimo en la Iglesia sino cuantas veces lo hacía en las casas de los impedidos. Todos los asistentes permanecían de rodillas en estos momentos, muy emotivos, sobre todo, para los que se sentían muy honrados por la visita de Nuestro Señor a sus hogares. Así transcurre, con pequeñas diferencias, este acontecimiento religioso aún hoy en día.

Por la tarde la juventud salía al "*secá*" a comerse por última vez la "*mona*". Y hasta el año siguiente.

NOVENARIO DE SAN FRANCISCO.

Pronto comenzaban "els *Novenaris*" de San Francisco de Paula. Conservaban y aún conservan rasgos y características de la época en que, antes de la exclaustración y desamortización de 1.835, eran los religiosos mínimos del antiguo convento quienes los celebraban. El Santo había muerto un Viernes Santo, día dos de abril, y en esa fecha se recuerda su memoria en el calendario de la Iglesia universal. Muchos años vuelve a incidir ese día (dos de abril) en la Semana Santa y, por ello o por caer en la semana de Pascua, ambas de mucha mayor importancia litúrgica, tiene que suprimirse la fiesta. No otra debió de ser la razón por la que los mínimos la trasladaron al segundo domingo después de Pascua. Así se ha mantenido en Alaquàs hasta ahora. Es un caso semejante a la fiesta de San Vicente Ferrer, que murió un cinco de abril y por las mismas razones se traslada en Valencia, de esa fecha al lunes siguiente a la octava de Pascua, para que no quede impedida por otras solemnidades de rango superior. La duración de nueve días se debe, sin duda, al deseo, por parte de los frailes, de que el pueblo participara en los actos litúrgicos que organizaban ellos en honor de su fundador y especialmente en el oficio de las vísperas que cantaban en el coro por las tardes. Comenzaba el Novenario en las "*primeras vísperas*" de la solemnidad, el sábado por la tarde, seguidas de las "*segundas vísperas*" del domingo, día de la fiesta, en que tenían lugar los actos más importantes de la misa cantada y la procesión por la noche. A estas dos vísperas se añadían aún las de todos los días de la semana siguiente hasta alcanzar el número de nueve el domingo último, día de la octava de la fiesta, en que ésta volvía a celebrarse, aunque con no tanta solemnidad. Así nueve tardes -desde el sábado anterior a la fiesta hasta el otro domingo- en las que el pueblo acudía a escuchar en silencio el canto litúrgico en latín de las vísperas. De forma semejante, hasta la última reforma litúrgica íbamos a la iglesia para oír también en silencio la misa, celebrada en latín. El momento cumbre de las vísperas es la incensación solemne del altar y de los asistentes. De todo esto, una vez desaparecidos los frailes, nada ha subsistido. Pero, en cambio, se ha conservado la parte siguiente, dirigida ya entonces especialmente al pueblo y a su instrucción y formación religiosa. El orden de los actos era como más o menos aún sigue siendo hoy en día: exposición mayor del Santísimo Sacramento, trisagio y lectura desde el púlpito de las oraciones propias del Novenario con una meditación sobre virtudes u otros puntos formativos de vida cristiana. Seguía el sermón, para el que se traía a los predicadores más prestigiosos de la época. Aún se recuerdan los nombres de ministros de la Palabra tan elocuentes y fogosos como don Justo Martínez, beneficiado de la Catedral, don Enrique Sanchis, cura párroco de Santo Tomás, de Valencia, el padre Corróns, de la Compañía de Jesús, el padre Santonja, don Juan Benavent entre otros, por limitarnos a los que destacaron sobre todo al comienzo de este siglo. Terminado el sermón, se reservaba el Santísimo Sacramento con el canto del "*Tantum ergo*" y la bendición. Mientras el clero se dirigía desde el altar mayor a la capilla de San Francisco se cantaba el himno de las vísperas del Santo "*Iste confessor*", otro detalle que nos trae a la memoria la época en que los cánticos latinos de

mínimos se entremezclaban en estas ocasiones con las plegarias de pueblo en lengua vulgar. Porque, llegado el clero a la capilla, se entonaban los gozos en castellano: "*Mínimo de Dios querido, nuevo sol de caridad...*".

La organización de todo corría a cargo de la Venerable Orden Tercera. Se bendecía pan, pan bendito, el "*pa de San Francisco*", distribuido luego a los fieles. Se cocían grandes calderas con arroz, carne, etc., cuyo contenido se repartía a medio día gratuitamente a todos, pero en especial a los pobres que acudían a la fiesta. La procesión era muy numerosa. Los hijos del pueblo que vivían fuera venían desde lejos para venerar al "*Sant*". Al Novenario acudía mucha gente de los pueblos vecinos. La comunión general del último día era muy concurrida y ayudaba pastoralmente al cumplimiento pascual de los fieles.

LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS Y OTRAS ROGATIVAS LITÚRGICAS.

Hace muchos años que dejaron de celebrarse las Letanías Mayores el día de San Marcos (25 de abril) y las Letanías Menores los tres días que precedían a la fiesta de la Ascensión. La bendición de los campos el día 3 de mayo, fiesta de la Santa Cruz, se ha conservado hasta tiempos más recientes, pero la evolución natural de la vida moderna ha llevado también a su desaparición. Aun se mantiene, sin embargo, la costumbre de adornar con flores las cruces en los lugares públicos el "*día de la Creu*". En cambio, las procesiones de letanías ya no se celebran de modo generalizado, como antes, ni siquiera en la Iglesia universal.

Muy temprano, porque casi siempre éstos eran días de trabajo, se iniciaba en la parroquia, después de la misa primera, el canto de las Letanías de Todos los Santos, y el clero, precedido de la cruz alzada y acompañado de numerosos fieles, salía a la calle, recorriendo la vuelta corta de la procesión (calle de la Acequia, calle Mayor, callejón del Horno y plaza del Santísimo), invocando por su nombre a los santos, con la contestación del pueblo "*ora pro nobis*" y pidiendo al Señor librar a todos de los más diversos males.

Para la bendición de los campos del día 3 de mayo se sacaba la reliquia de la "*Vera Cruz*" bajo palio. Se preparaba una mesa adornada con telas, flores y dos cirios para que sobre ella descansara la sagrada reliquia, cuando la comitiva se detenía frente a la entrada del molino, donde entonces comenzaban los campos y la huerta y ahora se inicia la zona superpoblada de la avenida de Miguel Hernández.

Durante la procesión se entonaban también Letanías de Todos los Santos. Llegados todos al molino, se cantaban cuatro evangelios, tomados uno de cada evangelista, de cara a cada uno de los cuatro puntos cardinales; el sacerdote añadía unas oraciones y bendecía los campos de todo el término con la reliquia de la Santa Cruz.

LA "NONA" DE LA ASCENSIÓN.

En toda la diócesis de Valencia se solemnizaba el jueves de la Ascensión (y también la fiesta de la Asunción de la Virgen) con el canto solemne de la "*nona*", Este es el nombre de una de las partes del oficio divino, que los sacerdotes rezan en particular diariamente o cantan públicamente en algunas iglesias, como las catedrales. Las oraciones del oficio divino esta distribuídas para las diversas horas del día y la "*nona*" corresponde a la hora novena del antiguo calendario romano (aproximadamente la media tarde). Sin embargo, por costumbre se celebraba a mediodía el día de la Ascensión. Como otras horas litúrgicas, la "*nona*" consiste en el canto o rezo de un himno, tres salmos, una lectura breve y una oración. Se exponía con toda solemnidad para este acto el Santísimo Sacramento en el altar mayor, adornado con abundancia de flores y de luces.

Típico de este día era llevar a la iglesia pajaritos enjaulados, que al oír los cantos se unían con sus trinos y gorjeos a la alabanza de la Iglesia para despedir al Señor en el día en que ésta recuerda su ascensión a los cielos.

Los aficionados a la cría de pájaros participaban con especial interés, aportando los ejemplares más escogidos y sonoros, con satisfacción comentaban luego la actuación de los más destacados. No olvidemos que en Alacuás había muchos aficionados al "*enfilat*". Los domingos, muy de mañana, salían al campo para extender sus redes, esperando escondidos a que, atraídos por distintos señuelos, acudieran los pájaros y quedaran encerrados en la red, que rápidamente cerraban corriendo un cordón: "*gafarróns*", "*cagarneres*", "*paixarells*" pasaban enseguida a las jaulas preparadas, o eran muertos, si se les dedicaba a un "*armosar*" retorciéndoles cruelmente el cuello; también se les retenía, a veces, en grandes jaulas para ser soltados, con alegría general de todos, en momentos especialmente emotivos, como cuando regresaba a casa el niño o la niña después de su primera comunión, acto éste que, dicho sea de paso, tenía lugar siempre el domingo de Pentecostés, diez días después de la fiesta de la Ascensión, que estamos comentando.

La gente decía que el día de la Ascensión se cruzaban las hojas en los árboles, formando una especie de cruz. Ese mismo día (a las 10 de la mañana para unos y a las 12, según otros) se confeccionaba el "*balsem*" para curar "*malicós*", es decir, pequeñas heridas. Se componía de "*esperít*" (espíritu de vino, o sea, alcohol puro) y otros elementos vegetales que se conocían y se transmitían por tradición de unos a otros, no sin cierto secretismo y misterio. Cuando se aplicaba a una herida, no se tenía ciertamente la sensación placentera de un bálsamo suave, porque el alcohol puro dejaba sentir su fuerza cauterizante con toda su fiereza. Ahora bien, lo que es curar sí que curaba, porque según la creencia popular, todo lo que escuece, cura".

EL VERANO Y LAS FIESTAS DEL PUEBLO.

Durante las primeras semanas del verano no se alteraba apenas la vida normal de la población, predominantemente agrícola, ocupada como estaba en los

trabajos relativos a la recolección de las cosechas.

La fiesta de San Juan, el día 24 de junio, había sido fiesta de precepto hasta la reforma del Derecho Canónico en 1.917. Cuando quedó suprimida se conservó, sin embargo la costumbre de elaborar los "*rollos*" de San Juan que luego se cocían en los hornos y no diferían gran cosa de "*les llongues*" de San Blas.

En un documentado y detallado trabajo, publicado en estos QUADERNS (I, 1.981, págs. 109 s.), Josep-Baltasar Escrivá Fort y Francesc García Barberá dieron a conocer noticias muy amplias sobre las "*Festes populars d'Alaquàs*". Su estudio abarcaba las fiestas de los Santos de la Piedra, San Hipólito, la Virgen de Agosto, San Roque, la patrona Nuestra Señora del Olivar, el Santísimo Cristo y la Virgen de los Dolores, a las que algún año aún se ha añadido la de San Miguel. Tan sólo quisiéramos ampliar estas noticias con algún detalle que, según creemos, también merece ser recordados.

LA FIESTA DE LA ASUNCIÓN ("FESTA DE LES ALFABEGUES")

La fiesta de la Asunción, el 15 de agosto, incidía en pleno verano. Como en otras iglesias de la diócesis, también aquí se levantaba el "*llit de la Mare de Deu d'Agost*". Era un alto catafalco preparado unas veces en la nave del templo, otras en una capilla lateral. En Alaquàs solía hacerse dentro del hueco de la capilla de la Inmaculada, donde a unos dos metros del suelo, ocupando todo el espacio de parte a parte, se construía un piso de madera. Telas rojas con adornos dorados (las llamadas "*telas de florero*") cubrían las paredes o colgaban del techo. Delante y pegado a esta plataforma elevada, pero ya fuera de la capilla y a ras del suelo se preparaba una mesa de altar para celebrar las misas rezadas el día de la fiesta. Encima de la plataforma reposaba el "*llit*", un anda sobre la que yacía en posición horizontal el cuerpo de la Santísima virgen, vestido con telas de tisú y de damasco y llevando una corona imperial sobre la cabeza con su correspondiente resplandor de rayos de sol, de metal dorado, y las doce estrellas, así como a los pies una luna, también de metal, plateada.

Ornamento complementario eran les "*alfabegues*" las macetas de olorosa albahaca, que las clavariesas- todas ellas mujeres casadas- preparaban desde mucho tiempo antes. El día de la fiesta las llevaban los mozos, encargados para ello por las fiesteras, cuando en compañía de éstas se dirigían todos al son alegre de la música, por la mañana, a la misa mayor. Llegados a la iglesia se colocaban en el "*llit*", al lado de la imagen de la virgen.

Durante la octava de la Asunción, que era y es el misterio titular de la iglesia, al anochecer, el clero cantaba con solemnidad las "*completas*" en latín. No faltaban fieles que se unían con sus propias oraciones a la oración oficial de la Iglesia, cantada por los sacerdotes y cantores seculares, que en esta ocasión era la hora llamada "*completas*", correspondiente al comienzo de la noche y final de la jornada.

El último día de la octava una procesión más modesta que la de la fiesta con el recorrido corto -como en la octava del Corpus- coronaba los cultos anuales a la titular de la parroquia.

OTRAS COSTUMBRES RELACIONADAS CON LA LITURGIA.

En las grandes procesiones de las fiestas principales los sacerdotes cantaban, de cuando en cuando en el antiguo canto llano algunos himnos litúrgicos en latín. El canto llano era la forma en la que, con el correr de los tiempos, había evolucionado en España el canto gregoriano. Así se cantaba el "*Ave maris stella*" en la procesión de la Virgen del Olivar. Durante la del Cristo, en cambio, la costumbre era cantar en su tono propio los salmos "*Cum invocarem*" y "*Qui habitat*" del oficio de las completas de los domingos. Quizá era ésta otra de las antiguas costumbres heredadas de los religiosos mínimos.

Muchos años se daba realce a estas procesiones con la presencia de los "*mis-teris*", representaciones al vivo de diversas figuras bíblicas. El pueblo las designaba con expresiones muy peculiares. "*La Mare de Deu de la barreta*" era la representación de la Huida a Egipto: en medio de las filas de la procesión, sobre un auténtico pollino, iba sentada una niña con el atuendo de la Virgen; llevaba una figura del Niño Jesús en sus brazos e iba acompañada a pie por San José y por un angelito que llevaba del ronzal el asnillo. San Martín, un joven vestido de soldado romano, montado sobre un caballo no muy alto, cabalgaba lentamente por en medio de la procesión en actitud de repartir su manto con un pobre, en la figura del cual como es sabido, se le había aparecido en sueños Jesucristo. Josué aparatosamente apuntaba con una espada a una representación sencilla del sol, de metal, que llevaba en la otra mano, recordando el milagro de la batalla contra los gabaonistas. El "*agüelo Colomet*" era Noé con la paloma en las manos que había soltado desde el arca al terminar el diluvio. Adán y Eva cubrían modestamente su desnudez con piezas de ropa de color de carne, muy ajustadas al cuerpo y se amparaban debajo de la rama frondosa de un árbol en el que se había sujetado a propósito alguna fruta.

Por último, no queremos dejar sin comentar la relación que tenían los fuegos artificiales con los actos litúrgicos. No nos referimos sólo a las tracas y carcasas e incluso a los castillos que se disparaban y se disparan aún al término de las procesiones o a la traca obligada al salir las andas de la iglesia. En cambio, casi se ha perdido la costumbre de encender los "*fuegos de Bengala*", que los pirotécnicos se encargaban de sujetar a las puertas de las casas que lo pedían en el momento en que iba a pasar por ellas la procesión.

Mucha mayor relación con las funciones sagradas tenían los petardos que el "*coheter*" no olvidaba de disparar en el momento de la Misa mayor de la fiesta, cuando el diácono, revestido con la dalmática, ante el libro sostenido por el subdiácono y rodeado de dos acólitos con los ciriales, saludaba al pueblo con el "*Dominus vobiscum*" antes de cantar el Evangelio: "*Sequentia santi Evangelii secundum...*". El pueblo entero, aún los que no estaban en el templo, conocían por los estampidos de la pólvora la parte de la celebración -la lectura del Evangelio- que estaba desarrollándose en aquel momento. También durante la consagración los truenos de los petardos disparados frente a la iglesia acompañaban el tañido de la campana que anunciaba a todos el "*alzar a Dios*". Los hombres se descubrían, la gente detenía cualquier otra actividad y con golpes de pecho y rezando el "*Santo, santo, santo*" se unía espiritualmente a la acción sagrada que tenía lugar en el altar.